

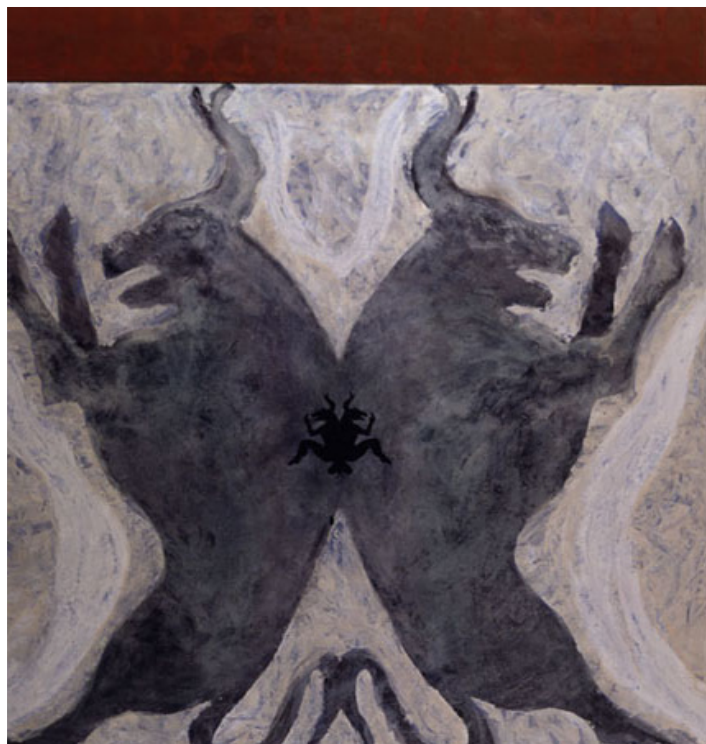
Iñaki Cerrajería Trayecto Galería.
Julio-Septiembre de 1990

Paco Juan Costa **La armonía del contacto**

Aproximarse a una obra "viva", que se está "haciendo" no es más que un ejercicio entrañable de desciframiento que en último término cristaliza en el placer de bucear, de leer una estructura en parte filosófica, en parte social y, sobre todo, sometida a la idea de creación-

El artista, artífice en el sentido más elemental, creador de artefactos, no es más que uno de tantos seres que nos cruzamos cotidianamente en los espacios domésticos, pero que si nos aproximamos hay que verlo "en la otra parte"; en la del que "hace" para nuestro placer, el que asume la escritura de la estructura en forma de obra como una proposición de complicidad, como una proposición delictiva de placer entre el que hace y el que mira. En este caso de escritura y lectura a través de un pedazo de taller de pintura.

Entrar en el estudio de Iñaki es entrar en el lugar de las huellas que no se resignan a su condición de tales. Serenas sobre el suelo del estudio, aparentemente desorganizadas, húmedas de trazo de pincel o estáticas y confusas, por el polvo parecen andar pendientes de su redención, su conversión en nueva forma, en pintura. En una pintura que vuelve a dar muestras de energía al elevar las ideas a patrones plásticos, que a través del camino de vuelta muestran un nuevo aspecto de aquello que por sabido había dejado de ser, había dejado de estimular. Camino de regreso que ahora sabemos se siempre ha sido de ida, una ida que no se dejó confundir por algunos atropellos dirigentes de la moda, emboscado en la inteligencia, el equilibrio, y cómo no en el refinamiento. La huella-pintura y su repetición nos aleja de lo retiniano y nos conduce



El predominio de lo inferior. óleo/lienzo 223 x 200 cm. 1990



Icaro. óleo / lienzo. 200 x 200 cm. 1990

al laberinto de lo perceptual, poniéndonos en contacto con una iconografía particular donde no deja de reverberar la naturaleza. Al pintar en clave de mínimas referencias y apostando por estructuras sencillas visuales y táctiles logra que los mismos animales representados adquieran su libertad al metamorfosearse en signos. La técnica es pues importante en cuanto mostradora, portadora de ideas y los recursos sólo se intuyen como elegancia en factura, nunca sobresalen en función de crear falsas complacencias o complicidades no deseadas.

Lo diferente en cada una de las obras parece depender más de la inquietud puntual surgida del diálogo durante el proceso de hacer que del mensaje inicial que las ha provocado. La unidad se crea

sobre un concepto evolutivo de descubrimientos, al margen del deseo de establecer un abecedario. Son proposiciones en cadena que reflejan un sentir alrededor de la problemática del quehacer estético. El enigma así se desvanece en la acción y es ésta quien nos aleja del concepto tradicional de cuadro para situarnos ante un objeto concebido entre otras cosas como homenaje a la Pintura, pintura como acción, como actitud.

Esta perspectiva conceptual en la que me sitúo ante la obra no es gratuita, por una parte Iñaki, sin ninguna concesión, establece en su quehacer una clara lucha contra el virtuosismo y su formación clásica, marcando los límites a su soltura y facilidad a través de una cierta dureza formal e iconográfica. Estableciendo un debate entre lección y lección, apostando claramente por un trabajo donde el centro es la creación y la aventura- no sin cálculo e ironía, en una búsqueda de la libertad, en el diálogo íntimo entre artista y objeto. Decidiendo por el placer que existe en cada momento del trabajo sin detenerse en la tela, sino intentando comprender y reflejar todo lo que surge alrededor de ella.

Inventar un signo es repetirlo, mostrarlo en diferentes momentos, desnudarlo una y otra vez demostrando con ello su eficacia, su verosimilitud. Entender todo o nada puede ser la misma cosa cuando se trata de una comunicación poética porque "un esencial" es establecer la complicidad o, dicho de otra manera disolver la barrera entre productor y espectador en ese placer de entenderse.

El artista se ve obligado a jugar con la tensión entre realidad y signo y entre la tensión entre signo y pintura para establecer la armonía entre el cuadro y el espectador: un espacio a dos bandas, a partir de la presencia pictórica.